

## IV

## La clase de noche

Un salto de los que no son mortales, dos, tres y cuatro, y los cuatro mosqueteros de la isla, sin mosquete y sin intenciones belicosas, como tenían aquellos cuatro majaderos memorables, asaltamos el ómnibus que conduce á la academia, en el momento preciso de pasar por delante de Notre Dame, con grande estruendo ocasionado por el soberbio edificio, que sirve de caja sonora al vehiculo *andante* furioso. Gran campanilleo al entrar, pago de frente y cambio de calderilla y, sin más operaciones, tenemos derecho reconocido á sentarnos ó á quedarnos en pie, si así lo juzgamos prudente.

Si nieva, como acontece más veces de las que señala el calendario, nos entramos en los bajos interiores de aquella casa con ruedas ; si ni tan siquiera llueve, nos quedamos en el patio, llamado plataforma por mal nombre y, si hace luna, por poco que ella sea de la clase de poéticas y se muestre en son de balada ó nos prometa lucirse haciendo maniobrar las nubes con lucimiento de luces é intervención de comparsaría de estrellas, subimos al imperial y ganamos 15 céntimos de poesía por cabeza.

En el interior del ómnibus se puede observar que todo el mundo tiene aires de persona reflexiva. Será el aburrimiento ó lo que sea, pero es el caso que las naturalezas más ligeras, las mujeres de esas llama-

das airadas, las cabezas de pájaro, todas tienen una seriedad que sólo dura mientras van en el glorioso vehiculo. Diríase que un ómnibus es una casa de filósofos que cambia de domicilio, la cátedra del silencio, la mansión ambulante de una máquina pensadora, ó también podría ser, (y si lo niegan que lo nieguen), que como es tan fugaz ; ay ! la vida en las grandes capitales, y como son tan pocos los momentos que al hombre le quedan para pensar, aprovechan aquel *sport* para meditar sus cosas, empezando al subir un pensamiento y dejándolo á punto de entregar ó meditado, al cabo de la jornada. El caso es que, con ojos de merluza, todo el mundo se observa de un modo escudriñador, en esos ómnibus fugaces ; que hombres, mujeres y niños y hasta soldados se miran como cosas curiosas, y se estudian con aire de persona pensativa, en tanto que el mueble sin cesar navega por el piélagos inmenso de la villa.

En la parte de fuera, navegando aún, ya el piélagos se domina mayormente y la villa es otra cosa. Desde allí podemos enterarnos de todas las fases del país que se recorre, de los accidentes del terreno, de la topografía y demás cosas curiosas ; podemos observar que París es poco montañoso, muy poblado, que hay minas de piedras preciosas y que en él abunda la caza, que el viajero encuentra muchas posadas, ventas y ventorrillos donde tomar un refrigerio, ya que el francés es hombre dado á la comida, y que el país es rico en mujeres y en verduras, pues no hay palmo de terreno que no esté cultivado ; podemos ver que, dejando el país latino á las espaldas, seguimos la carretera de Rivoli y, por la vía de la Opera, continuamos hasta la misma Tri-

nidad, donde el que quiere puede dejar las maletas ; que allí, como en las antiguas diligencias, el que prefiere ir á pie puede hacerlo para no cansar el ganado, que ha de subir una gran cuesta, y otras cosas podríamos relatar, á no tener que llegar á la academia de noche en compañía del lector, cansado ya de viajar, él en artículo y en carruaje nosotros, y no temer el perdernos tan lejos ya de la isla y tan enredados ya en el negro continente.

Allí en Clichy está la academia titulada « Sociedad de la Paleta », y allí llegamos, por fin, y allí entramos, dando las buenas noches la mayor parte de las veces. El local no puede ser más sencillo ni más revuelto al mismo tiempo. No es posible que en menos cosas pueda haber más desorden, ni mas útil desbarajuste en la casa. Una mesa administradora, con su quinqué de rompe y pon y sus libros con nuestros nombres apuntados; en las paredes *academias* de los chicos de provecho, pesos de mucho peso para ser levantados por los aficionados á la gimnasia de salón; alguna fotografía, la gran estufa, como pieza principal, comiendo carbón toda la noche y echando calor por su vientre, y en él centro el modelo, puesto en guardia, rodeado de sillas, de bancos y caballetes, con todo el personal buscándole líneas, contornos y claroscuros que debe tener sin duda y que nos hacen bregar en fila, como pobres condenados.

Es la « Sociedad de la Paleta » una academia libre, si libre se puede llamar un lugar donde se paga. Consistirá sin duda la libertad de aquella casa, en que se puede hablar sin pedir permiso al prójimo, en que se puede echar al suelo toda reputación

de pintor, sin encomendarse á Dios ni al diablo, en que se puede atropellar á los amigos ausentes, y en que el que quiere aprender aprende, si nació con facilidades propicias. Por lo demás, no solamente no es libre, sino que á muchos les es penosa á causa de la broma que han de aguantar al principio, que no resulta muy incómoda la mayor parte de las veces. Es el caso — y cuento estos detalles por ser exacto en el relato de costumbres — que átanle á uno con el esqueleto y le tienen dos horas en tan agradable compañía; píntanles de azul á otros, á éste le encierran en un cuarto, le examinan sus facultades á aquél, y á muchos les hacen pagar el refrigerio para honra y provecho del arte y satisfacción del estómago de toda la compañía. Entre otros, un día llegó de nuevo un jovencito pálido como un Greco, ojerizo, endeble, llevando sobre su cráneo lustrosas y bien cuidadas melenas, que le daban el aspecto de un poeta de los que se usaban antes. Al verle, ya previmos el porvenir que le aguardaba, y temblamos por sus cabellos. Realmente, se reunió la comisión sin pérdida de tiempo y, atando al reo convicto y cuasi confeso de llevar tal adición á su testa, fué llamado un barbero, y allí mismo se consumó el sacrificio de cortarle las poéticas melenas. No chistaba la víctima, sumisa, y su cabeza se volvía tan pequeña, pero tanto, que hubo un momento en que creíamos que se cortaba más cosa de lo pactado ; entonces la comisión, acudiendo ella misma en persona, con cuatro tijeretazos adelantó la obra empezada por el Figaro, dejando aquello lleno de surcos

y claros, con cada lunar blanco y grande como pieza de diez céntimos.

En cambio, la entrada de uno de los concurrentes fué una entrada á sangre y fuego. En cuanto vió á la Comisión que se acercaba, previendo que ya iban á prenderle para llevarle al castigo, encogió su fuerte musculatura, agachóse y, echando una serie de puñetazos á los cuatro puntos cardinales, obligó á formar el cuadro de guerra, á estilo de Waterloo, á toda aquella Comisión que hasta entonces lo formaba de pintura. Uno de aquellos golpes, el más fuerte sin duda, fué á caer entre ojos y nariz de un súbdito auténtico de la virginal América. disgustóle esto en gran manera, é implorando á sus brazos para que le dieran fuerzas, acometió al *gladiator*, paróle éste, quiso pegarle él, no lo quiso el *academista* en cuestión, y de estas resultas y estragos recibió otra vez el americano tres porrazos más, de tal estima, que se los llevó á las Américas en memoria y ex-voto de aquella terrible jornada.

Estas defensas son raras, — sin embargo, — y los castigos consisten en mortificar al individuo paciente. Así á otro *academista* de carácter poco amigo de oratorias, le hicieron hablar durante un cuarto de hora, comprendiendo cuánto le hacían sufrir con el castigo; si entrara Moret, ó Romero, ó Castelar, ú otro orador español, le harían callar tres días; á éstos les hacen trabajar, holgar á aquellos, y se busca el sufrimiento de las almas sin perjuicio de la salud de los cuerpos que, después de todo, como dicen autores muy concienzudos, es la prenda más amable.

Por estos trámites va entrando en la academia

toda la variedad de clases y de especies de pintores con que cuenta la gran familia del arte. Entran las señoritas artistas, lo menos mujer posible, raza indefinible, perdiendo la fragancia de su sexo en aquellos bancos sudados, mirando con ojos de hombre, en vez de ser miradas por sus ojos de mujer, admiradoras más que admirables criaturas, seres neutros que la civilización ha creado con biberón de progreso; entran los extranjeros, norteamericanos, tiesos como postes telegráficos, constantes trabajadores, tercios, amantes de sí mismos; los ingleses, amigos de hablar poco y de nadie más; los austriacos y alemanes, fríos hijos del Norte, soñando y durmiéndose casi delante de su dibujo; los italianos y españoles, habladores en demasía, entusiastas de lo bueno y de lo malo, amantes caprichosos hoy de esta escuela, y de otra al día siguiente, armadores de juergas, ya en negro mal humor ó en bacanales desechas; los americanos del Sud, meticulosos de su arte, enclenques de talento, artistas degenerados y excelentes soñadores: entran los pensionados, llegados de tierras lejanas que no se encuentran en el mapa, con algunas pesetas mensuales arrancadas á un benévolo Ayuntamiento que quiere genio en su pueblo; los *rapins* de París, viviendo de *arlequins*, ó sea desechos de fonda, comprados en el mercado, y de la carne del prójimo; los aficionados *chics* acechando á los amigos que están necesitados para comprarles un estudio á bajo precio; algún viejo para ver á las modelos; los verdaderos artistas y modestos trabajadores, todos revueltos y mezclados y unidos bajo la luz que ilumina la figura inmóvil en su tarima, como ser condenado al hipnotismo.

Dibujando todos, allí está el discípulo aprovechado, el querido y mimado del maestro, ser incansable copiando musculaturas desde su más tierna infancia, capaz de hacer la *vera efigie* del modelo, pero inservible para dejar sentir una emoción en sus cuadros; allí está el que busca el conjunto, haciendo grandes rasgos de arriba á bajo del *Ingres*, modelando carbón con el pincel, apartándose de vez en cuando para ver el efecto de su obra; allí está el detallista encariñado en una mano, llegando al sábado con la tristeza de no haber podido terminar dos ó tres uñas de su estudio; el principiante ensuciándose dedos y cara y papel, y todo y á todos los que se encuentran al alcance de sus terribles desmanes; el que domina su oficio, trabajando poco y con grandes precauciones; el distraído que no repara que ha cambiado de sitio y continúa trabajando á su capricho; y el paciente, que sigue la lucha con el difumino después de marcharse el modelo, hasta que le dejan á obscuras y le echan de allí como un trasnochador calavera; y todo este personal, con ser tan incongruente, tiene un cierto parentesco de academia, un cierto amaneramiento, una tendencia á unificarse y á formar juntos escuela... y en esto consiste el peligro de estas casas de dibujo.

En medio de estas batallas por la forma, es cosa de ser oídos los escándalos que allí se arman, las batallas que se libran y las luchas y jaleos que explotan lo mismo que tempestades. Días hay en que algún nombre de pintor cae en aquel redondel, y es preciso ver del modo que sale descuartizado, mordido, maltrecho y sin pizca de talento; un combate el color, otro la forma, aquel la tendencia,

y éste la educación, y no hay quien no se lleve un pedazo entre dientes, para comerlo y rumiarlo más tarde en las horas del silencio; días hay que, discutiendo una escuela, se levantan tableros en forma de terribles amenazas; días que dos salen desafiados en defensa de artistas muertos desde hace cuatro siglos; días que nadie se atreve á hablar, de tal modo está la atmósfera cargada, y días, en fin que corre un aire de pugilato, y días que aquello parece un orfeón incoherente, de tal modo las canciones repercuten en la sala, con espanto del modelo. Baladas suecas y cantos populares de la Escocia, únense con la entusiasta Marsellesa; la marcha real española mézclase con la marcha rusa, la *filla del Marxant* con el Guernicako-arbola, y toda aquella inmensa gritería recuerda una exposición de cuadros, en la cual canta cada obra su nota con espanto del que no sabe exteriorizarse y cantar solo su canción, para tomar parte en el coro.

Los viernes viene el maestro á corregir y entonces hay un momento de absolutísimo silencio. Mientras pasa alargando brazos ó estirando piernas del dibujo que corrige, reina como un estupor, un murmullo de iglesia, un respeto profundo; pero apenas se ha marchado, vuelve el jaleo de antes, el trabajo frenético, las discusiones sin fin, y los gritos aquellos que se prolongan sin *tasa*, hasta que el sábado llega. Entonces, en relativo silencio, pasan en fila los modelos, entre quienes hay que escoger el mejor para la próxima semana, los cuales desnúdanse al lado de la gran estufa, y como bandada de indios van subiendo á la tarima.

Pasa el modelo italiano, de luengas barbas y ca-

bellos y de *pose* premeditada ; se queda con una mano clavada en el corazón y la mirada en el cielo ; pasa la triste modelo de oficio, cansada ya de rodar por los estudios, mirando sin ver á los que la miran, vaga aparición del fastidio, cuerpo sin luz, espléndido y pobre recurso del arte ; pasa la modelo inexperta con carmines de rubor, y pasa el modelo Hércules, *tatuado* de brazos, corpulento como un monte, frunciendo el entrecejo y comprimiendo los brazos, para poner en relieve sus bíceps artificiales; pasan como un desfile los modelos á lo Rubens, las cabezas peinadas á lo Rafael de *rapin*, las místicas á lo boulevard exterior, las largas y estiradas simbolistas, la ruda Juana de Arco; pasan las ninfas de azúcar enseñadas á bruñirse en el taller de Bouguerau, las rojas cabelleras de Besnard, las payesas de *trottoir* del minucioso Lepage, los hombres de la edad de piedra de Cormon, las de la edad del vicio de Forain, y las enclenques criaturas violetas de Aman Jean, y pasan unas cual recuerdos de obras vistas ya realizadas y otras como vagas esperanzas, como ideas matrices de concepciones soñadas, como pasta de carne para hacer arte con ellas, como pobres maniqués y medios de inspiración y moldes de obras maestras.

Y sin recordar un momento que todo aquello son hombres y son, sobre todo, mujeres, levántase la mano, negativa ; gritanse allí sus defectos como insultos y á su cara se vota su hermosura ó su fealdad y se las rechaza sin compasión del estudio.

¡ Pobrecitas ! Creer que están curtidas, á esta votación cruel, á este íntimo desaire, es un engaño que el pintor se hace á sí mismo. No en vano á una mujer

se le niega el don supremo de la belleza que adora, sin que llore un bien perdido. Prueba de ello fué que un día, saliendo todo el mundo en tremenda gritería como siempre, oímos una mujer que lloraba al lado de la gran estufa y, por cierto que lloraba amargamente. ¡ No sirvo ya ! ¡ No sirvo ya ! nos dijo con la tristeza infinita de un ocaso sin aurora.

Era verdad. Para lo único que hubiera podido servir, realmente ; no servía ! Pero, ¿ qué hacer ? si el arte no tiene entrañas.

---

 V

### La isla mística

Cuando, al despertar por la mañana, abrimos los postigos para ver la luz del día, se presenta Notre Dame detrás de los cristales como un saludo á los ojos.

¡ De allí no ha de moverse la augusta silueta ! ¡ Allí hemos de ver á todas horas á la hermosa, á la espléndida catedral ! Allí la contemplamos como fondo á nuestra vida de isla, como plácida sombra, y aún sentimos el amparo de su mole, cuando la luz se apaga y muere el día tan casto y tan hermoso, en estos días del empedernido invierno !

Al levantarnos, para ella es el primer saludo que